

Vértigos de la opacidad: tiempos y experiencia en el régimen tecnológico*

Tiempos de la tecnología: objetos de historias y promesas

Reflexionar sobre la tecnología es enfrentar un fenómeno elusivo: omnipresente, mimético, opaco y, paradójicamente, espectacular. Condición definitoria de la suerte del proceso contemporáneo de civilización y, a su vez, punto de apertura, de sorpresa cotidiana, pero también juego de posibilidades y de desafíos sin respuesta que desembocan en cansancio, condescendencia o permanente incertidumbre. Objeto de utopías y de desencantos, de terrores y de sometimientos, esfera impenetrable y tiránica de fuerzas que modelan nuestros hábitos –cada objeto tecnológico, por una brutal inversión del proceso de civilización, exige una mutación disciplinaria, modela nuestro cuerpo, exige una mutación de nuestras pautas de reflexión, trastoca nuestros horarios y nuestros hábitos, constituye una fuente de afecciones incesante–, pero es también vehículo de una ilusión de ampliación indeterminada de las potencias y linderos del cuerpo, de las afecciones, de la percepción y las capacidades del sujeto.

El proceso de civilización se va conformando en una tensión creciente con una intemperie de objetos y lógicas a un tiempo instrumental, dócil, destinado a un lugar en apariencia subordinado pero capaz de modelar imperceptiblemente todos los ámbitos de la vida: lo público, lo privado, lo íntimo; y marcando también estos ámbitos con una invocación incesante del asombro, una familiaridad con lo inusitado, una insignificancia de lo exorbitante. Al mismo tiempo,

* Este artículo fue publicado originalmente en *Tramas*, núm. 25, julio-diciembre, 2005, pp. 13-39.

los múltiples y prácticamente inabarcables universos de la tecnología se expanden imperceptible aunque ruidosamente, una diseminación muda y espectacular, exuberante y enrarecida, sometiendo las diversas formas de vida –trastocando, aliviando o inhibiendo los cuerpos, los afectos, los horizontes, las fantasías, las memorias, las tradiciones, la constelación de tensiones y dinámicas sociales, los placeres, los goces, los fracasos–, implantando siempre condiciones de adecuación inusitadas a los procesos sociales, construyendo horizontes y ámbitos de certezas, doblegando el placer o la fuerza de invención individual y colectiva. No se trata propiamente de una esfera autónoma de objetos y saberes que se proyecta sobre los espacios y territorios de lo social, sino de una impregnación imperceptible e ínfima las formas de vida: somete a los conglomerados sociales a exigencias nuevas y adecuaciones a los regímenes de creación cotidianas, doblega las certezas y las disciplinas a saberes y pautas de control de fisonomías cambiantes, pero también instaura por sí misma formas de conocimiento, modos de construcción de la evidencia y dinámicas de la experiencia dotadas de lógicas singulares y una vida propia.

La tecnología parece engendrar por sí misma, desde esta infiltración omnipresente y penetrante, mutaciones radicales del proceso de civilización, señalar sus puntos de inflexión, hacer patentes sus momentos de crisis y advertir de las encrucijadas más allá de las cuales no hay retorno posible de la imaginación. Despierta fantasías y nostalgias, crea realidades y efectos de realidad que hacen tangibles las ficciones y los mundos fantasmales que es capaz de crear por la inercia de su propia implantación: crea así deseos y memorias, lenguajes y escenarios, expectativas de placer y potencias inciertas, capacidades inauditas y realizaciones defraudadas. El panorama que emerge con los objetos tecnológicos es también una figuración del tiempo: sobresaltos, derrotas y metamorfosis de la memoria, creación de zonas difusas del conocimiento, mutación y multiplicación de las identidades y los saberes, fijaciones calcáreas de la espera, estampas fraguadas de la utopía.

La tecnología parece abrirse en cada instante a un devenir orientado por una promesa de bienestar o por la revelación de potencias

inéditas o inadvertidas, o incluso por la experiencia de placeres, bienestar o serenidades hasta entonces ajenos de la propia forma de vida. Los objetos tecnológicos constituyen un desbordamiento, una exacerbación de la forma de vida y no su ampliación armónica, no su desarrollo potencial. Son un trastocamiento de los cuerpos, la visibilidad, la presencia de las modalidades del existir. Se ahonda la distancia entre la experiencia real y la figuración social: la tecnología crea dominios de opacidad impenetrable y engendra visibilidades y panoramas aberrantes. Crea experiencias y visibilidades a un tiempo fragmentarias y totalizantes: el mundo se quebranta en millones de estampas, visiones, potencias, pero se abisma en la imagen, al mismo tiempo desoladora y fascinante, de una esfera única, la ficción de un universo social unidimensional, una composición sinóptica y accesible, transparente, de lo real. Estas tensiones acrecientan la fuerza constructiva de la paradoja de la visibilidad tecnológica en el proceso de civilización. Más que un mundo unidimensional, como sugirió Marcuse, la tecnología engendra un *efecto de* unidimensionalidad que vela al mismo tiempo la fragmentación de las experiencias engendrada por la modernidad, la lógica de la inadecuación y la exacerbación propia de la dinámica de creación tecnológica, tanto como la propia opacidad del trabajo, los saberes y los procesos tecnológicos.

Cada intervención de un hecho tecnológico parece insinuar un repertorio indeterminado de expectativas, responder a un universo de demandas surgidas en dominios particulares e inaccesibles de la intimidad, deseos y las necesidades cotidianas: desde los hábitos de cocina, las técnicas del sueño y del arrullo, las pautas del cuidado del otro y de sí, las alternativas recónditas del placer, cada uno de estos recodos del ámbito de la intimidad. Esta multiplicación de los espacios de incidencia de la metamorfosis tecnológica y de sus tensiones paradójicas, hace patente también la confluencia de múltiples genealogías en la génesis del hecho tecnológico y sus significaciones. Pero la historia de la tecnología parece enteramente subsumida en otras historias: la historia del trabajo y del cuerpo, de la naturaleza y de la finitud, de la enfermedad y el placer, de la invención de sí mismo y de las pasiones humanistas, de la escasez y de la usura, de la guerra

y la dilapidación. La historia de la tecnología surge también de un diálogo con ciertos saberes, ciertas técnicas y expectativas de control, cierta estrategia de construcción de objetos y conceptos, y comprende saberes disciplinarios y ordenamientos canónicos del conocimiento objetivo: de la óptica, la mecánica, la hidráulica, la química, el magnetismo, la física, la termodinámica, o incluso la biología y la medicina. Pero también de la magia, de relatos míticos, de prácticas consolidadas en la tradición y fraguadas en procedimientos artesanales derivados de saberes locales y desplazados de los grandes andamiajes institucionales.

Y, no obstante, a pesar del entrelazamiento de historias múltiples, la historia de la tecnología aparece dotada de una singularidad. Tiene el carácter de una historia propia, la de un dominio de la civilización que ha revelado una autonomía creciente, una capacidad de segmentarse y diferenciarse de las otras esferas de la vida en el proceso de la modernidad. Es la trama de una historia entrelazada de manera intrincada con las múltiples esferas de los saberes tradicionales, institucionales y locales. La historia de la tecnología revela tácitamente también las transfiguraciones de la experiencia, las pautas de integración de las relaciones entre los sujetos y los vínculos y alianzas entre ellos. Indica también pautas de identidad, perfiles de los espacios de propiedad, modalidades de la apropiación y regímenes del trabajo.

La tecnología se convierte así en una esfera íntima y distante de la vida: la génesis y las genealogías del objeto tecnológico, sus procesos, sus saberes son cada vez más inaccesibles a medida que su presencia en la vida cotidiana se acrecienta y se ahonda. La tecnología, concebida como pura instrumentalidad, penetra en todos los dominios de la experiencia: del régimen puro del trabajo y la restricción de la acción humana, a la satisfacción de las pasiones de la escasez, la raíz social de las necesidades o la exploración de las alternativas del placer; las técnicas de la destrucción, o las pautas cotidianas de esa otra destrucción —el consumo— o el derroche. La tecnología amplía también la imaginación de las estrategias de identidad y de exclusión, de reconocimiento y de humillación, de intercambio y de servidumbre,

de despojo y de acumulación, de diferenciación jerárquica y de respuesta a los reclamos íntimos del amor.

La historia de la tecnología revela una faceta inherente a la del proceso de civilización; la edad del hecho tecnológico es la de los ordenamientos simbólicos. Desde su origen prehistórico, los primeros objetos derivados de procedimientos técnicos, cosmogonías y saberes prácticos, revelan ya la relación de un espectro de necesidades, valores y finalidades con pautas de lenguaje, impulsos normados y organización colectiva del trabajo, técnicas de alimentación y de distribución de los objetos, criterios de apropiación e identidades surgidas de posiciones en el proceso productivo o de consumo, pero ofrece también símbolos para reconocer las segmentaciones jerárquicas de los agrupamientos humanos.¹ La memoria de las técnicas, tanto como la del surgimiento concomitante de lo simbólico, se hunden en los umbrales catastróficos del origen de la cultura. La memoria contemporánea del hecho tecnológico remite a este sustrato arqueológico, a los momentos originarios en que la técnica marcaba la huella de los cuerpos y del acto de trabajo en el objeto para revelar las potencias no sólo del objeto, sino de su propio creador. Esas huellas revelan a un tiempo una vocación instrumental y el impulso de la necesidad o del deseo: puntas de flecha o vestigios de uso instrumental del fuego, armas o instrumentos de caza, objetos culinarios o recipientes de recolección. Con el tiempo, el repertorio de objetos técnicos desplegados en distintos entornos humanos e históricos revela mutaciones seriales, transformaciones y composiciones sintéticas de pautas de argumentación, estructuras de intercambio, construcción de valores, instauración de memoria y transmisión de los saberes, horizontes colectivos para la imaginación de finalidades, desenlace de necesidades pasionales o de confrontaciones sacrificiales –sagradas y rituales– y agonísticas.

La historia de la técnica es también, por consiguiente, la del culto, la creencia, el conocimiento, los criterios de clasificación. Se funde con los tiempos equívocos del mito: al mismo tiempo históricos y

¹ Cfr: André Leroi-Gourham, *L'homme et la matière*, París, Albin Michel, 1943.

deshistorizantes. Los saberes técnicos dan forma y expresión material a los símbolos destinados a confirmar y a consagrar la realización de las alianzas, preservar sus huellas y sus registros, pero también a dar continuidad y vigencia a los intercambios, preservarlos del olvido del acontecer y cifrar narrativamente las cronologías de acontecimientos. Toda tentativa de control conlleva en consecuencia una faceta técnica; control y creación de objetos para llevar a cabo ese control se apuntalan recíprocamente, implican una sutil concomitancia. El solo deseo de control alimenta la avidez tecnológica, y la mutación inusitada o sistemática de la operación material de las tecnologías incita la ampliación de los dominios de control y los fantasmas de su eficacia. La técnica se entrelaza así con las alternativas de la memoria, las coyunturas y las confrontaciones locales de poder, la ampliación de los dominios de visibilidad y operación eficaz sobre el entorno. Pero también con las formas de registro, de transmisión, de organización: el control reclama una posibilidad de confirmación duradera y patente de su eficacia.

Tecnología y modernidad

Durante el siglo xvii, la transformación de las formas de la propiedad, del ejercicio del poder político, de las exigencias administrativas en los Estados nacionales en formación, la conformación de asentamientos y disposiciones demográficas –y la observabilidad administrativa de las multitudes–, encontraron una resonancia en la mutación de las estructuras de producción, intercambio, acumulación y distribución de las mercancías, tanto como en el nuevo ordenamiento de las formas de trabajo. Desplazamientos poblacionales ocurrieron a la par de ampliaciones y multiplicación de los recursos técnicos tanto para el manejo de las mercancías y los mercados, como para la gestión económica, demográfica, territorial y política. Se transformaron las pautas de trabajo en respuesta a las necesidades de los asentamientos poblacionales y con esto las técnicas y los órdenes artesanales se convirtieron en andamiajes y estructuras mecánicas

de producción. Nuevos saberes prácticos dieron lugar a nuevas concepciones de lo instrumental, nuevas lógicas del control se conjugaron con el reconocimiento de potencias orientadas a la intervención sobre las formas de vida. La esfera de los saberes prácticos orientados a la creación de técnicas y objetos destinados a inscribirse en el régimen instrumental de las acciones cobró progresivamente un carácter autónomo, dio lugar a “racionalidades” singulares. Las vías tecnológicas crearon a su vez prácticas adecuadas a las lógicas derivadas de las condiciones del uso instrumental. La razón instrumental integró en una ficción coherente el haz diversificado de las tecnologías surgidas en múltiples dominios locales: hizo surgir el espejismo de un régimen sistemático de producción de su propia racionalidad.

Es posible señalar este cambio en la relevancia ordenadora del dominio de la práctica, del lugar y la relevancia del trabajo, de los modos del hacer en todos los dominios, que cobra un perfil definitivo en la modernidad, como una transformación de la técnica en un régimen tecnológico. Las tecnologías revelan una disseminación y diversificación de las estrategias de control: éstas se manifiestan en los renovados dominios de la producción: agrícola y de manufacturas, pero también de espacios, de ritmos y de vías de intercambio; de mecanismos, vehículos y rutas de transporte, de recursos y patrones de información; el control se expresa en el manejo de la energía y su distribución, pero también en el control de sus transformaciones —el calor, la luz, el movimiento. “Más luz”, la frase crepuscular de Goethe, señala también el horizonte de las transformaciones tecnológicas y los recursos para la transformación de cuerpos, espacios, tiempos, percepciones, vértigos y velocidades. La razón tecnológica reclamó la invención e implantación de nuevas disciplinas y operaciones corporales, mecanismos de visibilidad de magnitudes abstractas de los asentamientos humanos destinadas al control poblacional, pautas de trabajo e instrumentación de tecnologías para la construcción urbana —alumbrado, construcción de servicios de profilaxis y resguardo ante las epidemias, tecnologías arquitectónicas destinadas a la eficacia de instituciones de reclusión hospitalarias, cárceles—; tecnologías para aumentar el rendimiento y la nivelación de la enseñanza y su

expansión uniforme, tecnologías de la observación y de la implantación de policías (y políticas), tecnologías de registro poblacional en todos los dominios (económico, jurídico, de salud, demográfico, institucional) con el consecuente incremento de la variedad y la eficacia de las tecnologías de identificación, archivo y gestión de archivo de identidades y posiciones institucionales.

La exacerbación súbita de los mecanismos de control exigió un desarrollo, una ampliación y una diversificación de los recursos, las variedades, las lógicas y la eficacia de diversas tecnologías. Pero no sólo se transformó la variedad y la naturaleza de los objetos de control; se expandieron también los dominios de relevancia de intervención tecnológica y se multiplicaron, se dilataron y se atomizaron las escalas de aplicación del control: la creación de nuevos objetos en la proporción exigida por los nuevos agrupamientos poblacionales reclamaba no sólo maquinarias más eficientes y de larga duración, de trabajo continuo y de operación más simple, sino también tecnologías corporales, operadas sobre los cuerpos y las destrezas, sobre los lenguajes y las vestimentas, sobre las extensiones y los paisajes, sobre los placeres y las perversiones, sobre la intimidad y la distribución planetaria de las mercancías, sobre lo inmediato y lo infinito.

El reclamo de maquinarias más eficientes fue también el de tecnologías administrativas estructuradas según procedimientos generalizados y abstractos: nuevas técnicas de contabilidad y de seguimiento, de observación de las mercancías, su movimiento, su rentabilidad y las pautas de su consumo. Braudel observa agudamente: “El siglo xvii, de hecho, es asimismo, el del florecimiento masivo de las tiendas, otro gran triunfo de lo continuo”.² La tienda revela ya una mutación en las tecnologías de observación del mercado como dispositivo de control de magnitudes, tanto como de sujetos, objetos o acciones y mecanismos puntuales de intercambio. Revela una nueva dinámica y una lógica particular del consumo forjadas en el despliegue y la presencia de las mercancías, pero también la implantación de las tecnologías ínfimas involucradas en ese vuelco escénico del mercado. El

² Fernand Braudel, *La dinámica del capitalismo*, Madrid, Alianza, 1985, p. 37.

mercado no es el nombre de un conjunto de acciones de intercambio dotadas de un efecto de equilibración y de control autónomo. En la modernidad, el mercado habrá de ser la construcción de mecanismos y saberes de intervención y de control sobre el proceso de consumo, un conjunto de tecnologías narrativas para intervenir sobre la invención y el deseo, un conjunto de tecnologías de información sobre la generalización del valor y las magnitudes del intercambio. El mercado revela las tecnologías de regulación del desplazamiento de capitales y mercancías, y de su acumulación. Es una tecnología de transformación de las magnitudes demográficas más que de la mecánica de encuentro singular o del intercambio local.

Las tecnologías derivadas de las posibilidades de control exigidas y difundidas por la relevancia social de las concepciones de la física, la química y las ciencias de la naturaleza durante las últimas décadas del siglo XVII y todo el siglo XVIII, llevaron también a una diversificación de los recursos de observación, visibilidad, registro e interpretación. La mutación del régimen de observación de la naturaleza entrañaba la construcción de instrumentos que consolidaran, ampliaran y precisaran esa visibilidad: una tecnología de la mirada. La óptica, los cristales y los espejos adquirieron una relevancia sustantiva, pero no sólo transformaron el panorama y los paisajes de cuerpos, objetos, territorios, latitudes y procesos. Transformaron también la conciencia del sujeto sobre las calidades, los mecanismos y el sentido de la mirada misma, sobre la amplitud de los territorios, sobre la vastedad de los horizontes y sobre la duración, el movimiento y el instante.

El acto de mirar se transfigura con la nueva fisonomía de sus instrumentos. La percepción asume el objeto bajo un sentido distinto de la evidencia, marcado por nuevos regímenes de valor, de utilidad y de inmediatez; aprecia con ello otras significaciones, las capacidades reales y los dominios potenciales de control de los procesos de la naturaleza: las ideas de fuerza y de potencia multiplicaron sus figuras y su materia; pero también sus imagerías, su implantación en las utopías, mitologías y discursos y proyectos de la gestión colectiva. Las tecnologías de intervención en el espacio de la naturaleza en-

contraban su correlato no sólo en la posibilidad de imaginar y construir a su vez instrumental y maquinaria para la intervención sobre el espacio de los objetos y los procesos materiales, sino también sobre la posibilidad de crear nuevas tecnologías y maquinarias de ampliación de los recursos y potencias de control: el carácter recursivo de la tecnología acrecentaba la velocidad de su desarrollo, pero también la violencia de su autonomía.

Sin embargo, más allá de esta mera concatenación acumulable y creciente de potencias para intervenir en el curso de los procesos naturales, la mera invención instrumental y las capacidades potenciales de intervención transfiguraron también el orden humano: crearon una nueva imaginación de los cuerpos y las potencias corporales, una nueva concepción de la mirada y las capacidades del mirar, una nueva imagen de las magnitudes terrestres, espaciales y materiales, en relación con las dimensiones humanas. Una tensión se esbozó desde entonces: la confrontación entre las potencias de la razón tecnológica autónoma, y una creciente heteronomía de la razón humana, arrastrada y subordinada cada vez más a la razón tecnológica.

Con esa tensión se conjugaron otras: una surgida en la visión de lo sublime: por una parte, referida a la inmensidad de la naturaleza y el ahondamiento de su relojería enigmática, y por la otra a la contemplación de la potencia infinita de la razón, materializada en su capacidad de control de la naturaleza, de invención de máquinas inauditas y de invención narrativa de universos calculables. Una figura de lo sublime se refractaba en la otra: las tecnologías de la producción y de la invención de las formas cotidianas de vida se refractan en las tecnologías narrativas; nuevas técnicas de narrar, de recordar, de representar en el diálogo con el otro, tiempo, espacio, movimiento y significación: cine, fotografía, periodismo, libros e impresos de tirajes masivos, creación industrial de escenarios y escenificaciones, industrialización de los escaparates y las vidrieras, recreación de los espectáculos, visibilidad de los espacios públicos y privados, modalidades de la contemplación y del recorrido de cuerpos y miradas. El viaje es una invención incesante de esas tecnologías del movimiento y la mirada: una tecnología de los exilios, los desarraigos y la migra-

ción de las identidades. Las convergencias de esas tecnologías transfiguran los usos y los hábitos de la palabra, la relevancia de las diversas acciones simbólicas, las regulaciones de la interacción y la transmisión de los saberes y el intercambio de las afecciones.

La mutación de las tecnologías de la estampa, la figuración y los lenguajes repercute sobre la experiencia y el reclamo de control de los espacios y los tiempos: se multiplican y normalizan las tecnologías de la memoria, los patrones corporales de identidad, el modelado social de las efigies para los actores sociales. Se imponen tecnologías del nombre propio: mecanismos para el registro de las identidades, estrategias y saberes (psicologías y tipologías) de individualización, territorios, espacios y edificaciones destinados a orientar y acentuar el sentido y los alcances de la identidad en las acciones y las relaciones entre sujetos. Tecnologías de la relevancia de sí: instrumentación de operaciones de señalamiento, distanciamiento y exclusión de los sujetos, de los nombres, de las figuras, las efigies y las acciones.

Las exigencias de la emergente razón tecnológica y sus necesidades de fundamento trascendental, propias del impulso inicial y creciente del capitalismo, apuntalan y desarrollan una figura privilegiada de la identidad subjetiva: el yo, exaltado hasta sus límites en la estela del romanticismo. En su reflexión sobre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Max Weber señala, significativamente, este drama de identidad nuclear en el origen del impulso a la acumulación constituido por la confluencia implacable e imperativa de las nociones de redención y apropiación. Ambas nociones requieren la edificación de una disciplina, un régimen de acciones y un conjunto de ordenamientos morales referido al drama de la individuación y que no habrán de suprimir la tensión dualista entre horizontes de valores de calidades inconmensurables entre sí: por una parte, redimirse en la renuncia y, por la otra, confirmar el destino propio en la tarea implacable de la acumulación. Un sustento teológico y un conjunto de determinaciones impuestas a las formas de vida y a las modalidades de relación colectiva se fue perfilando en esta tensión y en la trama de determinaciones impuestas por la transformación de los

saberes, las estrategias de control, las nociones de cuerpo, de fuerza, de potencia, de valor, como entidades autónomas proyectadas sobre el universo del trabajo.

Durante la modernidad se fueron creando, autonomizando y acrecentando las segmentaciones entre poblaciones y formas de vida. La progresiva dislocación y la segmentación autónoma de regímenes de saber, dominios prácticos, andamiajes institucionales, esferas de valor, modos de observación, estrategias de control y estructuras de intercambio, marcaron la dinámica de la modernidad: la organización del trabajo fue, en muchos de sus rasgos definitivos, el desenlace de la tensión práctica entre nociones y prescripciones éticas y regímenes de valores derivados del conflicto religioso entre las distintas vertientes del protestantismo –calvinismo, pietismo o incluso anglicanismo– y catolicismo, a su vez en conflicto con las concepciones surgidas de la visión de las magnitudes sociales y su dinámica, en el panorama de las instituciones y procesos de mercado cambiantes, propios del desarrollo decimonónico. Pero una secuela particular de esta dislocación y segmentación de parcelas y ámbitos de la vida social llevó también a zonas de inaccesibilidad recíproca. La segmentación cedió lugar también a mecanismos tácitos de exclusión y de clausura de la mirada: pautas especulares de identidad surgieron con esos conos de sombra proyectados de un segmento de la vida social sobre otros.

El universo religioso selló sus accesos y acrecentó con ello la virulencia de sus identidades narcisistas, la imperturbabilidad de sus dogmas, la fijeza y la tiranía de sus instituciones; su autonomía y su incidencia omnipresente en las formas de vida revela un mecanismo privilegiado de los saberes y las prácticas en la modernidad: la segmentación de lo religioso no fue menos relevante que la progresiva segmentación de cada uno de los islotes de conocimiento, y de los segmentos de la vida social. En esta multiplicidad de horizontes de la acción privada y pública en permanente reconstitución, surgen estrategias cambiantes que despliegan no sólo medios, finalidades e instrumentos inéditos, sino expresiones narrativas y valores propios: las utopías decimonónicas se impregnan de la imaginería tecnológica

y de sus imperativos de eficacia: Fourier y Saint-Simon inventan dispositivos sociales que se empotran como engranajes a semejanza de fantásticas y eficientes maquinarias labradas con el trasfondo de la plenitud imposible de lo humano. Las utopías mecánicas y tecnológicas –incluso la de Sade, a los ojos de Barthes, como una tecnología de acoplamiento de los cuerpos y conformación de formaciones arbóreas del contacto sexual– se conjugan con alternativas prácticas y enclaves reales de acción política y de jerarquías y estratos de poder. La “razón tecnológica” alienta, da forma, modela y orienta esas utopías, sugiere formas instituidas de la identidad y la organización social; las realizaciones artísticas se afirman como modos de ver destinados a la revelación y a la iluminación.

La confluencia entre saberes ya segmentados –agrupados en disciplinas “científica” o histórica, en ciencias y en humanidades o en intrincadas taxonomías de especialidades cada vez más circunscritas– surgidos de cuerpos relativamente consistentes de saberes en consolidación, no pueden, sin embargo, eludir ciertas vertientes y fuerzas de generación extrañas: la física –el magnetismo–, la química y las nacientes concepciones atómicas, la evolución biológica o las fisiologías de la época integran asimismo narrativas políticas: mitos, cuerpos dogmáticos herméticos o mágicos, exaltaciones de la religiosidad o versiones acentuadas de una piedad matizada por las formas orgánicas de incorporación del mercado a las formas de vida.

El mercado aparece ya en el siglo XIX enmarcando la génesis y la institución segmentada de los saberes e incluso de las prácticas artísticas, la fuerza motriz de todas las vanguardias. A partir de estas tecnologías de mercado, las exclusiones se multiplican de manera creciente a medida en que se diversifican y se componen en estratos densos los sistemas normativos e institucionales que operan y controlan simultáneamente la formación y la dinámica de las identidades sociales. Las instituciones, los segmentos sociales, las normas discursivas, los mecanismos de exclusión y de control, los cánones instituidos de conocimiento y las estrategias de poder, a pesar de su autonomía lógica y normativa, no operan sino conjuntamente con todas las otras esferas de la vida social. Esta composición integrada se estructura según

la primacía de un eje privilegiado de intercambio: el del mercado. Esa incidencia simultánea del mercado en todos los órdenes institucionales y la permeabilidad de las formas de vida a la “razón tecnológica”, engendran un sentido de cohesión en el dominio atomizado y en la segmentación creciente de los procesos sociales. Hacen posible el juego de la gobernabilidad.

Esta simultaneidad del mercado articula la tensión entre las normas, pero también reclama formas de vida y patrones de subjetividad singulares. Los mecanismos y las prácticas de exclusión, supresión y estigmatización de los sujetos, las acciones y las formas de vida, se proyectan asimismo sobre la identidad de territorios y de valores, de ceremoniales de cortesía y reglas de interacción, a las restricciones y procedimientos para el acceso al prestigio social y en las estrategias de poder, no menos que a las prácticas de la creencia y a las condiciones del saber.

Mundos íntimos y procesos de civilización tecnológica: los objetos tecnológicos como constelaciones opacas

En su reflexión sobre la técnica, Heidegger había subrayado el vínculo intrínseco que ésta guardaba con el concepto de verdad: un concepto que en el proceso de civilización que identificamos como modernidad involucra un correlato entre verdad y calculabilidad. Conlleva también una noción de control cuya lógica se despliega al margen de la vida y que se expresa en las condiciones de eficacia de la planeación. La planeación revela una noción de futuro, de finitud, de control asociada a una noción de destino. Pero la planeación no es sino un rostro de la razón tecnológica, surgida de la capacidad operativa autónoma del vínculo entre operatividad, eficiencia y control. Se engendran así, en la modernidad, nociones de espacio, tiempo, verdad y existencia ajenos a la condición humana, pero que no sólo enmarcan y orientan el proceso de civilización, sino que lo constituyen enteramente, desde esta intervención extrínseca. La tecnología se inscribe en el horizonte de lo social como una esfera autónoma

capaz de dominar plenamente el horizonte de la práctica y de imponerle un régimen de racionalidad propio, ajeno al reclamo de diálogo de la acción humana; un régimen surgido de las disposiciones autónomas del control y la creciente opacidad radical del objeto tecnológico. Surge plenamente el “tiempo tecnológico” —el de la rapidez, el del “acto eficaz en sí mismo”, el de la adecuación plena entre acción, objeto, fines y rendimiento, que es la negación misma del tiempo de la técnica, entendida como revelación, como dehiscencia, un tiempo y un acto vinculados enteramente al tiempo del existir, a la relación entre existencia y sentido del estar en el mundo. El tiempo tecnológico transfiguró radicalmente el universo social, transformó el sentido de los actos, de los vínculos, de los afectos, pero también el de la redención y el destino, el de la verdad y la certeza, transformó silenciosa, secretamente, las formas de vida y el régimen de subjetividad que éstas involucran.

La perspectiva heideggeriana hizo patente la calidad ominosa, singular, de esta trama tecnológica: la incorporación de lo tecnológico en todos los planos y los pliegues de la vida, de la intimidad al espacio público, de los hábitos más imperceptibles de la vida cotidiana a las estructuras visibles de control y gobernabilidad instituidas. La tecnología impregna los más íntimos dominios de la acción y las estrategias políticas y económicas planetarias. Esa multiplicidad de ámbitos y escalas que determinan su omnipresencia en la modernidad, instauran el hábito de la visibilidad dual de lo tecnológico: una proximidad tal de lo tecnológico que lo hace invisible. Cada objeto es resultado de una inmensa, descomunal red de procesos que involucran infinitas derivaciones y composiciones de operaciones tecnológicas. Actos elementales asociados a una fisiología sustantiva reclaman hoy impenetrables mecanismos, pero engendran también expectativas cotidianas, placeres, rechazos, bienestares y agobios que modelan los cuerpos y las sensaciones. Confieren a nuestro entorno plenamente tecnológico su “naturalidad”.

Esta esfera de objetos hace patente de manera exacerbada lo que Karl Marx había ya vislumbrado en su análisis del fetichismo, pero ha revelado sus rostros más virulentos, su incidencia más radical y de

mayor envergadura en el destino de lo social –y de los destinos individuales. El fetichismo del objeto tecnológico no es un espejismo, su violencia extrema surge de su condición autónoma real, es una inmensa maquinaria, un dispositivo dotado de “razón propia”, una “vida” propia que se proyecta sobre las formas de vida, menos como una sombra que como una fuerza capilar, molecular. Se funde con la vida misma hasta hacerse indistinguible: es, por un lado, una presencia imperceptible, su rostro se disipa, es una fisonomía vacía, insignificante –lo tecnológico es en muchos casos invisible: el agua potable al alcance de la mano es el producto de una inverosímil composición de “hazañas tecnológicas” y ocurre lo mismo con la energía eléctrica, las calles, las alamedas, las casas, la vestimenta, el aire, las ventanas, la sal, la cafetera, el café, los asombros o las familiaridades, las fantasías, la ausencia del dolor o la mitigación de la angustia ante la enfermedad inminente, el sabor de un guisado o la duración de la comida, los platos con especias, es decir, todo. Lo tecnológico se despliega como una emanación de la naturaleza misma hasta borrar enteramente las fronteras simbólicas entre lo natural y lo manufacturado. El objeto se da como una apariencia plena, sin historia, borradas de su fisonomía las huellas de su edad y de su génesis: la aparente irrelevancia de su producción o su indiscernible incidencia en las formas de vida. Pero, por otro lado, lo tecnológico es la materia privilegiada del asombro y el mito, de la utopía y la esperanza de redención. Su opacidad es también el fundamento de la fascinación que suscita, de su condición sublime, de los apegos y los cultos que alimenta, de sus eficacias inducidas, imaginarias o reales: objetos de goce o de placer, que se imponen de manera determinante y sutil, fatal y casi sin relieve, y cuyos destinos marcan la vida cotidiana con transiciones y derrumbes imprevisibles, con rupturas súbitas.

La condición de lo tecnológico, con todo su poder de revelación y de ocultamiento, cuando se hace patente, pone al descubierto, como la enfermedad o la muerte intempestivas, la absoluta fragilidad de los entramados de la vida, pero también una confluencia de lógicas tácitas, implantadas en las formas de vida con cada vuelco de la razón tecnológica y con cada mutación drástica de sus objetos.

Se advierte entonces la capacidad potencial del objeto y las lógicas singulares de la constelación de “potencialidades” tecnológicas, la capacidad incalculable que despliegan para trastocar y desplazar radicalmente el sentido de las acciones y los vínculos. Así, la invisibilidad del hecho tecnológico contrasta de manera patente con su espectacularidad y con su opacidad, su condición enigmática, que reclama una cada vez más intrincada vía iniciática a la comprensión de su sentido y su génesis. Pero sus visibilidades contradictorias hacen posible una diversidad *incalculable* de los tiempos, ritmos, rapidez y eficacia de las estrategias de control que conllevan y que implantan; se revelan como propiedades intrínsecas del dominio tecnológico.

La opacidad de lo tecnológico no es sólo la de su lógica o de las condiciones físicas de su operación; la opacidad se ahonda con la ininteligibilidad creciente de su historia, su origen, sus condiciones de eficacia, sus alcances y los mecanismos de su desempeño. Esa condición dual de la tecnología: transparencia y opacidad, se amplía a otros dominios de la experiencia, se exhibe como espectacularidad o como perfiles y acciones imperceptibles, o bien se traduce en expresiones fantasmales de deseos y expectativas o se transfigura en modos de darse del paisaje civilizador. Esas metamorfosis a su vez ocultan la violencia y el predominio de la opacidad como rasgo determinante de la “razón” tecnológica.

Flexibilidades opacas: trabajos inasibles

La opacidad tecnológica se enlaza con innumerables condiciones históricas concurrentes: la naturaleza del trabajo y su gestión, la condición institucional y especializada de los saberes, los imperativos disciplinarios, la multiplicación de estrategias y lógicas de control, la eficacia y dinámica autónomas de la práctica tecnológica, la necesidad creciente de insumos y recursos para consolidar la gobernabilidad entre vastísimos sectores poblacionales diferenciados, la conformación de sectores estratificados y de población a partir de ejes simbólicos y procesos políticos diferenciados, la transfigura-

ción pragmática de los lenguajes y las formas de transmisión de la experiencia, y la necesidad de expresión simbólica de los procesos, como condición de su “inmediata” inteligibilidad y una mayor eficiencia del control. La razón tecnológica se expresa como el desenlace y la síntesis de esta concurrencia múltiple de factores que, más que articularse en una dinámica de mutua concordancia, revelan la génesis de tensiones singulares, de desenlaces diversos e incalculables. Esta confrontación y convergencia de procesos conlleva una transformación sustantiva de la experiencia; el papel cambiante de las identidades y las identificaciones en el contexto de un proceso social gobernado por el trabajo y las formas disyuntivas de la apropiación, en relación con los procesos de exclusión, de negación y estigmatización surgidos de las estrategias cambiantes de control. Pero la transformación de cuerpos, afecciones, controles y vínculos en el marco de estructuras concomitantes de trabajo y de mercado acarrea también una experiencia cambiante de la potencia y la impotencia, una nueva percepción de los límites del cuerpo, de los horizontes y de la relevancia de acciones.

Esta mutación de los cuerpos y las identidades confiere nuevas morfologías de los universos simbólicos, da cabida a tópicos y posiciones subjetivas acentuadas por nuevas estrategias de expresión: patrones diferenciados de uso lingüístico, universos de certezas implícitas, una nueva relevancia del equívoco y las referencias elípticas, una importancia creciente del secreto y de la omisión, de lo tácito, de lo inaudible, formas subrepticias de la exclusión simbólica. Esta mutación de los lenguajes hace patente la transfiguración de las normas, la experiencia de su fuerza imperativa y el dominio, el sentido y la incidencia de las regulaciones sociales. Con ello modifica, también, en última instancia, el régimen mismo de lo simbólico, el universo de lo decible, los juicios sobre la verdad, la causalidad y lo real; transfigura la experiencia de tiempo, espacio, territorio, el sentido de lo propio, la disponibilidad al acontecimiento y al azar.

La gestión del trabajo es también la de la visibilidad y la codificación de los costos –financieros y simbólicos, es decir, en términos de identidad, de poder y de prestigio– y el manejo programado de

la eficiencia de acciones y retículas de producción articuladas. Es la medición y el establecimiento de las magnitudes del hacer y su sentido de relevancia en las estructuras de valor de la modernidad. Es, por consiguiente, la proyección de la medición sobre el campo del sentido de los actos, de sus tiempos, de sus expectativas. Es la modelación cuantificable del sentido cambiante de la apropiación y de los vértices convergentes del universo simbólico que dan su fisonomía a la experiencia del trabajo. El vínculo con el otro, inherente a toda acción social, se condensa en las figuras del rendimiento, la eficiencia y la creación de excedentes. No obstante, la opacidad tecnológica obliga a una reconsideración de lo excedente. La racionalidad contemporánea del trabajo es la de la exacerbación de lo excedente y la transfiguración de su sentido en potencia, impulso, deseo y condición de identidad. Excedentes locales y procesos indiferentes, generalizados de distribución serial de esos excedentes. Retículas de distribución de series cifradas de excedentes referidas a polos identificables de apropiación. No se trata de contradicciones que habrán de resolverse en una síntesis. Se trata de tensiones entre procesos de distinta trayectoria y sentido, que revelan entre sí una negación irreparable, tensiones que es imposible suprimir y que habrán de preservarse e incluso ampliarse y multiplicarse con el desarrollo de la modernidad.

Una de las condiciones dinámicas se expresa en una tensión que define las alternativas estratégicas de gobernabilidad; en efecto, la génesis de recursos y estrategias de control social y pautas de las políticas poblacionales, da lugar a una tensión irreductible con los procesos simbólicos que hacen posible la inteligibilidad de dichos procesos, la comprensión de su integración en cadenas o series de engendramiento, y la génesis de formas de vida.

La implantación generalizada de formas de trabajo y de gestión derivadas de regímenes exacerbados y transfigurados del fordismo y el taylorismo, estructuradas en morfologías cambiantes y “sensibles al contexto” y reordenadas a amplísima escala —la desaparición de concepto tópico de fábrica y su reemplazo por tramas deslocalizadas y móviles de segmentos de trabajo, constituidas por polos disgre-

gados a escala planetaria, y en mercados y redes de distribución no menos disgregadas en escalas de proporciones comparables–, por la intervención de las nuevas capacidades tecnológicas –disgregación del proceso de trabajo, “flexibilización” de las pautas productivas, modificación puntual y casi instantánea de las configuraciones del proceso productivo en respuesta a las modificaciones del mercado o de las condiciones de rentabilidad financiera, diferenciación funcional y desplazamiento de las actividades productivas a dispositivos mecánicos e informáticos–, desplaza enteramente los polos y las tecnologías de control a un régimen de saberes sobre la gestión. La opacidad del objeto tecnológico surge también de la opacidad del proceso de la naturaleza misma del trabajo.

Una opacidad constitutiva de los procesos tempranos de manufactura del capitalismo se ahonda hasta hacerse inaccesible a cualquier análisis. El proceso de transformación tecnológica del trabajo desborda incluso los saberes que pretenden fundamentar y hacer eficiente su gestión: la gestión de su propia esfera de comportamiento económico y de mercado revela márgenes de comportamiento inaprehensibles en el marco de los modelos de su propia gestión. Se hace patente un “excedente” en la racionalidad del trabajo, que permanece irreductible a las condiciones de cálculo. La opacidad del trabajo se transforma, se hace más densa. La visibilidad se vuelve una estructura al mismo tiempo infinitamente restringida y absolutamente omnipresente, un control minucioso de los procesos en los linderos de la esfera virtual del dominio de una esfera de intercambio económico, que es inaccesible desde cualquier otro punto de vista.

No estamos ante un “panoptismo” o una “sociedad panóptica”, como sugiere Foucault, sino ante una multiplicación de juegos ópticos, de la invención y la clausura de visibilidades, de la consagración de ámbitos de secreto y una fijeza del eje de relevancia de la mirada: puntos de vista únicos y excepcionales desde donde la vasta trama de relaciones se puede vislumbrar parcialmente. Más allá de ellos, sólo el extravío en la fragmentación. La visibilidad en la gestión –laboral, financiera y de la producción simbólica industrial– es más bien la creación de dispositivos de anamorfosis del proceso de trabajo, es

decir, creación de puntos de anclaje de la mirada, de acceso cifrado y controlado, desde los cuales –y sólo desde ellos– se hace discernible la lógica del proceso de trabajo. Se trata de una visibilidad polar. Cada proceso se exhibe plenamente mirado desde un punto de vista singular, excluyente, más allá del cual las fisonomías se difuminan o se vuelven imperceptibles, o bien emergen como vestigios o formaciones inasequibles y, eventualmente, carentes de significación. Es a partir de esos puntos de vista, de esa anamorfosis, que la lógica de un cierto proceso se hace patente. Sólo desde ahí se percibe su configuración completa. Pero cada uno de esos puntos de vista, en la modernidad, está constituido por la conjugación de un dominio de saberes propio, destinado a acrecentar la eficiencia de sistemas disciplinarios, involucra una capacidad hermética de cálculo y un poder operativo de control que revela atribuciones jerárquicas diferenciales en la trama de los vínculos instituidos. Es un punto de vista que, a su vez, se sustenta sobre disposiciones normativas jerárquicas y modos de control integrados, aunque móviles, inestables. Esa visibilidad privilegiada y jerárquica se conjuga con nuevos ordenamientos de saberes, nuevas estrategias de control en todos los ámbitos del proceso económico, desde la producción hasta el consumo.

Como se sabe, el proceso de trabajo no sólo es una operación de transformación y de destrucción del entorno. Es también la expresión de un cuerpo disciplinado: sometido a exigencias de simbolización no menos que a una capacidad de transformación de entornos materiales. El cuerpo simboliza en el trabajo su propio sometimiento a las exigencias de rendimiento, eficacia y creación de excedentes: revela también el sometimiento a las condiciones disciplinarias, normativas y estratégicas tácitas implícitas en esas exigencias.

Tecnologías del intercambio: interacciones indiferentes

Claude Lévi-Strauss, en una celebrada, aunque no menos polémica definición de cultura formulada en un momento temprano de su obra reconocía en ésta tres estructuras cardinales de intercambio

comunicativo: mercancías –Lévi-Strauss consigna más bien “bienes y servicios”–, alianzas –Lévi-Strauss menciona “mujeres”–, mensajes.³ Más tarde, al ahondar en los procesos simbólicos y, en particular en las condiciones de vigencia, estabilidad y transformación del mito como régimen constitutivo del orden simbólico, se estableció entre las estructuras de intercambio un campo de relaciones singulares derivadas de la relevancia determinante del orden simbólico. Mercancías, alianzas, territorios y las múltiples expresiones simbólicas del culto y las identidades derivaban de estructuras simbólicas correlativas que conferían su eficacia totalizadora a las categorías míticas.⁴ No obstante, estos dominios estructurales específicos comprometen, para su realización en condiciones históricas determinadas, estructuras y tensiones dinámicas de intercambio en situaciones de reacción recíproca, intervención de identidades en transformación y formas y calidades de la experiencia. Es esta concurrencia de tensiones e incidencias cambiantes de los distintos regímenes de interacción lo que hace posible la mutación y la recreación incesante de formas de vida: transfiguración de cuerpos y potencias, de afecciones íntimas y acciones normadas, de miradas y de visibilidad, de identidades y posiciones simbólicas en los entramados institucionales, de transformación y de intercambio, de recreación de alternativas y de adecuación a los hábitos.

La modernidad ha incorporado un conjunto de tensiones dinámicas suplementarias a estas estructuras míticas y de interacción. La objetivación de las estrategias simbólicas se ha traducido en tecnologías de producción de patrones simbólicos orientados a la génesis de otras tecnologías: las del mercado. Se ha ampliado así el dominio de

³ Cfr. Claude Lévi-Strauss, “La notion de structure en ethnologie”, *Anthropologie Structurale*, París, Plon, 1957, pp. 326-327. He introducido una variante significativa en la propuesta de Lévi-Strauss al reemplazar en las estructuras de intercambio, mujeres por alianzas. Esta transformación no es meramente notacional e involucra, en una reflexión rigurosa, un cambio radical de la perspectiva, de los alcances, pero también de los sustentos antropológicos de la formulación original [R.M.].

⁴ Cfr. Claude Lévi-Strauss, “Le geste d’Asdiwal”, *Anthropologie structurale deux*, París, Plon, 1973, pp. 175-176.

la intervención de las lógicas de la manufactura, el control y cálculos propios de las estructuras y los saberes tecnológicos. Se multiplican y se distribuyen en estructuras instituidas y de intercambio pautas normalizadas de “objetos simbólicos”, se busca la instauración de hábitos consistentes con esos objetos y usos simbólicos autónomos. Se implanta una lógica de límites, de exclusiones, de tolerancias y de aceptabilidad de un espectro de hábitos simbólicos como condición de toda estructura de intercambio económico y financiero, de todo régimen de alianza y de adscripción institucional.

Además de ahondar y apuntalar su autonomía y sus lógicas diferenciales, sus ámbitos restringidos de especialización y de relevancia, sus estrategias y sus lógicas propias de operación y validez, ha consolidado, al mismo tiempo, un régimen complejo de articulación y dependencia recíproca entre las estructuras heterogéneas de intercambio. Ha subsumido unas estructuras en otras, ha hecho más sutiles y multitudinarias sus interferencias recíprocas, pero también sus resonancias. Ha puesto de relieve y conferido eficacia a la simbolización del mercado y lo ha transfigurado en una operación imaginaria dotada de eficacia estructural. Ha revelado y autonomizado el valor simbólico del trabajo, pero ha configurado asimismo un *trabajo simbólico* –un trabajo operado solamente sobre productos simbólicos que no se transforma propiamente en mercancías, sino en saberes que operan sobre saberes, los desplazan, los transforman, los amalgaman–, lo mismo que ha dado una particular expresión material al régimen simbólico del mercado. Ha construido asimismo un mercado de bienes simbólicos pero ha trastocado los fundamentos del consumo: ha dado al acto de consumo un valor de prestigio, pero *articulado con el régimen de trabajo y los enclaves estratégicos de poder y de control* –enclaves entendidos como el desenlace de la búsqueda de primacías de identidades simbólicas y ámbitos de privilegios, es decir, operaciones normativas destinadas a singularizar y a construir dominios de excepción.

Con ello ha trastocado radicalmente los márgenes y las alternativas de la experiencia, el régimen del vínculo, la relevancia y la potencia de acción derivada de los deseos. Las tecnologías del mercado se han

apuntalado en esta resonancia recíproca entre estructuras simbólicas, míticas, económicas y de alianza. Han desplazado las intensidades singulares del vínculo y han reducido la experiencia relevante socialmente a una emanación estructural. Una peculiar inversión jerárquica en el orden de determinaciones entre las estructuras de intercambio de trabajo —de la gestión y del intercambio económico-financiero— y de las estructuras de alianza y de intercambio simbólico conllevan así las metamorfosis de los objetos, del deseo. Las tecnologías del mercado han impuesto marcos inusitados a las identificaciones, a las reglas, prescripciones, prohibiciones y duraciones de la alianza y a las intensidades de lo íntimo desplegadas en el tiempo. Se han constituido en dispositivos de engendramiento abstracto de información: modelos retóricos, parafernalias de escenificación, diseño programado de identidades emblemáticas, tecnologías de la amenaza y de la promesa. Son recursos que se proyectan sobre todas las estructuras de intercambio y consolidan a su vez formas de trabajo e intercambio de mercancías, nuevas tramas jerárquicas y estrategias de control simbólico. Estas tecnologías del mercado introducen tácitamente una relación entre espera, postergación, exclusión y finitud como hábitos y como percepciones del paisaje “natural” de la vida colectiva. Esta interferencia incesante entre estas estructuras de la finitud produce mutaciones en la experiencia de las identidades, del tiempo.

La opacidad como forma de vida: las tecnologías imaginarias

La opacidad de lo tecnológico engendra a su vez una multiplicidad de efigies especulares: al asombro como hábito, se añaden la tolerancia, la añoranza e incluso del deseo de la finitud. Un hábito se instaura: el de la extinción y la destrucción, atestiguadas e interpretadas como destino señalado de manera indeleble en el tiempo de las cosas, como rostro de lo duradero. Toda mercancía se define por un múltiple límite: no sólo su destrucción como objeto, sino su obsolescencia, su declive en el espacio del deseo, la disolución de su sentido distintivo y la huella diferencial del prestigio de consumo. No hay

duración de las mercancías, sino preservación de su concatenación, su derivación, su variación y su reemplazo seriales.

Pero la condición de mercancía no se reserva para los objetos producidos por una estructura de trabajo, expresamente para el consumo ordinario. Hay una ampliación del sentido de mercado y una eficacia alegórica de esa ampliación. La alegoría cobra toda su fuerza significativa, se revela plenamente como una analogía cuyo fundamento es inaccesible, oscuro, ininteligible; está fundada en la opacidad como régimen constitutivo de la significación. No es que las significaciones, los afectos, las relaciones o el prestigio sean mercancías. Es que se ha operado una equiparación simbólica vacía, sin fundamento, una mera composición especular, una ilusión mimética sin fundamento entre entidades y magnitudes sociales y el orden de la mercancía. Y este desplazamiento alegórico ha sido instrumentado en todo dominio de intercambio –simbólico, laboral, de alianzas– como evidencia de una forma predominante de lo real: lo real *como el efecto de la eficacia*, de las transformaciones, de las mutaciones de identidad producidas por el mecanismo alegórico del mercado. Marcuse había señalado hace décadas esta inaudita composición de dimensiones inconmensurables de la acción y de las formas de vida bajo el efecto unificador de sentido del mercado.⁵ Pero es preciso señalar su mecanismo: el régimen simbólico de transferencia analógica por la alegoría. Pero ésta y su trabajo de reducción mimética no se reduce a una mera proyección del mercado sobre todas las estructuras de intercambio: es también diseminativa. La alegoría produce un efecto singular: una síntesis cerrada, una amalgama que reduce y clausura la variedad de la experiencia y la proyecta sobre el régimen imaginario de la equilibración del mercado; suscita el espejismo de una identidad estructural de los intercambios, pero al mismo tiempo engendra procesos de diferenciación progresivos y los ahonda, los multiplica.

⁵ Cfr. Herbert Marcuse, *Der eindimensionale Mensch. Studien zur Ideologie der fortgeschrittenen Industriegesellschaft* (3a. ed.), Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1994, pp. 76-78.

Se entroniza en este efecto al mismo tiempo imaginario y circular, clausurado, la plenitud absoluta de este modo de ser de lo social. Se ha asumido asimismo la eficacia ritual sustentada por la simbolización de las estructuras de mercado. Una forma singular de vínculo comunitario a través de la participación abstracta en un juego de regulaciones fantasmal, pero arraigado materialmente en el disfrute de las mercancías. La analogía de todos los ámbitos de intercambio con procesos de mercado ha acarreado un efecto de creación de identidad: el efecto constitutivo de un “como si” proyectado sobre el amplio dominio de todos los objetos de la experiencia. Esta expansión alegórica de la mercancía ha constituido al mercado como una entidad totalizante y unitaria, como una entelequia cuya potencia de regulación aparece como un atributo mítico, inverificable, irreconocible pero eficaz. El mercado se equipara al horizonte y la aspiración de las formas de vida.

La eficacia de la razón tecnológica y su expresión en las tecnologías de mercado revelan al mismo tiempo una eficacia sofocante, pero también la fragilidad inherente a su fundamento imaginario. Su capacidad para crear realidades, experiencias, universos de normas y de leyes, horizontes de credibilidad, modalidades de la persuasión y de la disuasión, imaginерías y paisajes de la promesa, tiene la fragilidad de la historia; está sometida a su intemperie.

Referencias

- Braudel, Fernand (1985), *La dinámica del capitalismo*, Alianza, Madrid.
- Brennan, Teresa (1993), *History after Lacan*, Routledge, Londres.
- Brennan, Teresa (2000), *Exhausting Modernity, Grounds for a new economy*, Routledge, Londres.
- Foucault, Michel (1975), *Surveiller et punir, Naissance de la prison*, Gallimard, París.
- Heidegger, Martin (1994), *Vorträge und Aufsätze*, Günther Neske, Stuttgart.
- Leroi-Gourhan, André (1943), *L'homme et la matière, Evolution et techniques*, Albin Michel, París.

- Lévi-Strauss, Claude (1958), *Anthropologie structurale*, Plon, París.
- Lévi-Strauss, Claude (1973), *Anthropologie structurale deux*, Plon, París.
- Lévi-Strauss, Claude (1985), *La potière jalouse*, Plon, París.
- Marcuse, Herbert (1998), *Der eindimensionale Mensch, Studien zur Ideologie der fortgeschrittenen Industriegesellschaft*, 3a. ed., Deutsche Taschenbuch Verlag, Múnich.
- Weber, Max (2003), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, introducción y notas críticas de Francisco Gil Villegas, FCE, México.